

La mili siniestra by Vázquez

El creador de Anacleto, las hermanas Gilda, la familia Cebolella y tantos otros personajes celebradísimos del tebeo me recibe con cierto pánico en los ojos. Fuma constantemente con caladas cortas y nerviosas. Sus manos están húmedas y de su frente penden racimos de gotitas de sudor. Sabe que hoy será un día duro: debe explicarme su mili. Pálido espera que le lance la primera pregunta.

—Veo que empieza a sudar. Intentaré ser lo menos traumático posible. Sin embargo tendrá que responderme donde padeció el acoso militar.

—En Cáceres. En un cuartel que fue arrestao en Africa por haber perdido la bandera. Aquello era criminal. Allí se suicidaron diversos soldados. Te hablo de los años 50, cuando se hacía mili con lanza.

—¿Su estancia en el Campamento también resultó diabólica?

—El campamento era duro pero bonito. Hacíamos entrenamiento con material antiquísimo... Lo de siempre, aprender a montar y desmontar cacharros, tiro. Quitando la comida y los mandos, el paisaje estaba bien, con campos de margaritas y todo eso. Pero la mili en su conjunto me resultó eterna y espantosa. Un legionario que lo cazaron por desertor y lo trajeron allí nos decía que no sabía como lo podíamos aguantar. Era horrible.

—¿Qué destino le dieron en el cuartel?

—¿Destino?, ¡sufrir! Yo era nieto de los sastres que confeccionaban la ropa para la casa real y me dijeron que no escogiera destino, que me traerían para Madrid otra vez. ¿A ti te han llamao? A mi tampoco.

—Así que los mandos no eran de tebeo.

—No quisiera acordarme de los mandos. De lo que sí me acuerdo es del hambre. Pasé mucha hambre. La comida te la daban con gusanos... y cuando quitaron los gusanos era peor porque no había carne.

—Y los permisos, ¿duraban muchas viñetas?

—De permisos tuve suerte porque fui tirador de primera



Vázquez, contándonos sus penas caquis.

especial y conseguí dos. Uno de mes y medio y luego otro de dos meses.

—Su mili tuvo un final feliz o acabó como las típicas persecuciones del DDT o el Tío Vivo.

—Sólo te diré que nos licenciamos tres veces. Entregamos las armas, la ropa, todo, nos llevaban a la estación y entonces, hala, variaban la orden y otra vez para el cuartel. Pasaban cinco o seis días y otra vez la misma historia. La tercera vez cogí un taxi en Cáceres y no me bajé hasta Barcelona. Tanto miedo tenía de que nos volvieran a coger.

—Y su estancia en el cuartel fue plácida, llena de sosiego, o por el contrario sufrió inclemencias.

—Me comí todas las guardias, calabozos, cocinas y encima estaba siempre arrestado. El

carnet de arrestos lo tenía comprometido siempre. Cuando un mando me metía un palo le contestaba, salgo tal día y le puedo ofrecer de aquí en adelante. Te arrestaban por todo, por respirar, por todo. Aquello era muy duro. Uno cogió una camioneta sin permiso y lo reengancharon tres años.

—¿Entre cocina y arresto practicaba el noble arte del dibujo?

—Sí, dibujaba. Estaba explotadísimo. Venían los sargentos, venga, hazme un tatuaje. Escríbeme una carta. Había una incultura tremenda. Y no te daban nada, ni un cigarrillo, ni te quitaban arrestos. Por cojones. Hala pinchándoles con la máquina de tatuar: «Corazón de María» y esas cosas. Que gusto, pincharles, pero con el terror de a ver

si se le infecta a este cabrón y me corta el cuello. Todo aquello era terrible. Todavía sueño después de 30 años que debo volver a hacer la mili y me despierto empapado en sudor.

—Su situación en el cuartel, parece de cuento de hadas.

—Estaba de galeote. Lo de papillón fueron unas vacaciones en las Célebes, comparado con aquello. A uno se le ocurrió escribir en una carta que la comida era muy mala. Censuraban las cartas, así que lo leyeron y lo arrestaron tres años. Se ahorcó en la celda.

—Y del sueldo, qué me puede contar. ¿Cobraba en rupias, como en los tebeos?

—Nadie cobraba. Daba la casualidad de que siempre se cometía un robo en la compañía. Salía el brigada de su cuarto y decía: «me han abierto el cuarto y faltan dos botas, este mes no se cobra». Era clásico. Había mucha pobreza. Imagínate, el hijo del sargento iba vestido con toallas del ejército, todo remendado, miserable. Supongo que era la posguerra. Nosotros solo tuvimos un uniforme para dos años. Se entiende, uno de verano y otro de invierno. Pero tenías que estar todo el día cuidándolo como oro en paño. Vamos, un calvario.

—Quizá desea aportar alguna alegre vivencia más de su feliz mili a todos nuestros lectores.

—Pues que me pasé toda la mili calvo y que llegué a tener la llave de mi calabozo. Era tan profesional que ya hasta me la daban.

—Es el momento de firmar esta historieta, pero antes, deme su opinión sobre la mili.

—Me río de la mili actual, es una coña. Jauja. Es jodido que te obliguen a hacer una cosa, no creo que esté bien que te obliguen, tendría que ser voluntaria y con sueldo. Pero aquello sí que era siniestro. Creo que no iría allí otra vez ni a cobrar una herencia. Creo que nada más llegar me cortarían el pelo y me arrestarían. Yo entiendo el lavado vietnamita, porque no eras nada y te pensabas que estarías toda la vida de caquí.

J.D. PRATS.